

Matías Rivas Aylwin

Donde me siento vivo

Los ochomiles de Juan Pablo Mohr



Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la
utilización o reproducción de este libro
o de cualquiera de sus partes con el
propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2024, Matías Rivas Aylwin

Derechos exclusivos de edición:
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile
www.planetadelibros.cl

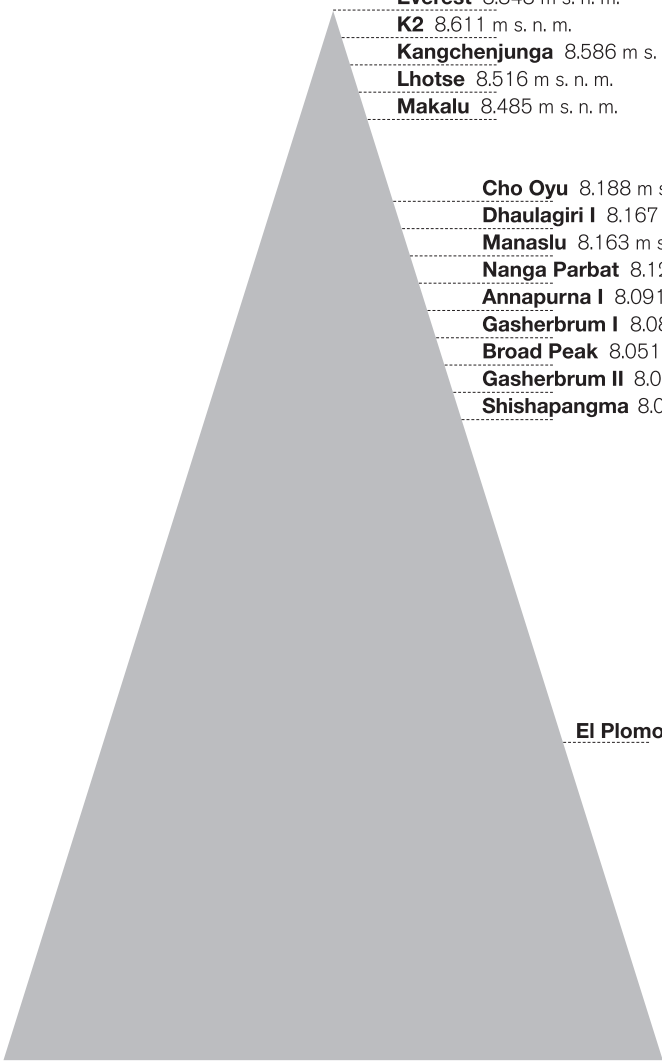
1ª edición en este formato: agosto de 2026

Edición del texto: Bárbara Tupper
Foto de portada: Jean Louis de Heeckeren @jl_deheckeren
Diseño: Catalina Chung Astudillo
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Inscripción: 2024-A-3698
ISBN: 978-956-6434-21-4

Impreso en:

Cerro El Plomo y los catorce ochomiles



Everest 8,848 m s. n. m.

K2 8,611 m s. n. m.

Kangchenjunga 8,586 m s. n. m.

Lhotse 8,516 m s. n. m.

Makalu 8,485 m s. n. m.

Cho Oyu 8,188 m s. n. m.

Dhaulagiri I 8,167 m s. n. m.

Manaslu 8,163 m s. n. m.

Nanga Parbat 8,126 m s. n. m.

Annapurna I 8,091 m s. n. m.

Gasherbrum I 8,080 m s. n. m.

Broad Peak 8,051 m s. n. m.

Gasherbrum II 8,035 m s. n. m.

Shishapangma 8,027 m s. n. m.

El Plomo 5,425 m s. n. m.

Presentación

Nunca conocí personalmente a Juan Pablo Mohr. Una tarde de verano, mientras remontaba las áridas pistas de esquí en La Parva para ir al cerro Pintor, él, que se dirigía al cerro El Plomo por una vía que en ese entonces no había sido escalada, se ofreció a llevarme en su jeep para ahorrarme unos metros de caminata.

—No, gracias —le dije, sin darle mucha importancia. Ni siquiera nos saludamos de mano.

Antes de que desapareciera en la segunda montaña más alta de la Tierra, el K2, en invierno, su figura me era indiferente. Los montañistas que me interesaban no eran los superdotados, los que desafiaban las cumbres más difíciles, sino los que habían escrito los mejores libros. Los románticos.

Mohr no encajaba en ese perfil. Apenas le interesaba escribir y no era introspectivo. Había escalado montañas de ocho mil metros inéditas en Chile, sin guías sherpas y sin doping (es decir, sin botellas de oxígeno), pero aun así no había nada en él que me pareciera seductor. Nada místico.

Hasta la madrugada del 4 de febrero de 2021.

Como muchos montañistas aficionados, yo seguía por GPS el progreso de su expedición cuando, de pronto, como si me golpeara contra una muralla, digerí la magnitud del objetivo. ¿Entendían realmente las personas que no subían montañas lo que era escalar el K2 en invierno? ¿Entendían los riesgos, las fatales estadísticas? ¿Lo entendía yo?

Después de su desaparición, entrevisté para el diario *La Tercera* a su compañera de cuerda, la italiana Tamara Lunger, y luego publiqué un perfil más completo sobre su vida en el medio digital *Ladera Sur*. Pero quedaron muchas preguntas sin contestar, mucho contexto y profundidad que en ninguna parte fueron ni serían abordados. ¿Su muerte fue realmente un accidente? ¿Qué

factores condujeron al desenlace? ¿Cómo fue desafiar el invierno en la cordillera salvaje del Karakórum? ¿Y por qué?

¿Por qué un padre de tres hijos decide arriesgar su vida en una montaña donde uno de cada tres escaladores muere?

“La historia de tu hermano da para un libro”, le dije tiempo después a Carmen Mohr, sin pensar que yo terminaría escribiéndolo. Meses más tarde, la familia Mohr Prieto acordó cederme sus bitácoras de expedición y todo el material que pudiera servirme para reconstruir su historia.

¿Qué historia?

El libro que tienes en tus manos se divide en diez capítulos: cinco de ellos relatan la expedición invernal al K2 y el resto cruza la vida de Mohr desde sus inicios en la cordillera de los Andes hasta su proyecto de subir las catorce montañas más altas del mundo, los “ochomiles”, algo que ningún montañista chileno se había propuesto. Se construyó a partir de más de cuarenta entrevistas a involucrados, ya sea como coprotagonistas de los hechos o como testigos; la revisión de la prensa de la época y de bibliografía especializada en montaña, y, por último, los archivos personales de Mohr, incluyendo sus comunicaciones por teléfono satelital.

Sobre los lugares que aparecen en el libro, visité la mayor cantidad que pude, sobre todo montañas, y cuando no fue posible lo compensé con material audiovisual, bibliográfico y con el testimonio de los entrevistados. Asimismo, para comprender mejor la naturaleza de los personajes y el porqué de lo que hacen, tomé cursos de escalada en roca.

Por último, quisiera señalar que, aunque por instantes la historia parezca un cuento, se escribió bajo los estrictos límites de la no ficción.

Matías Rivas Aylwin

Santiago, 1 de septiembre de 2023

Puede que el K2 deba su origen a la casualidad, pero es un nombre en sí mismo, y uno de sorprendente originalidad. Sibilino, mágico, con un ligero toque de fantasía. Un nombre corto pero que es puro y perentorio, tan cargado de evocación que amenaza con romper su desolado discurso silábico. Y al mismo tiempo un nombre con instinto de misterio y sugerencia: un nombre que desguaza raza, religión, historia y pasado. Ningún país lo reclama, ninguna latitud y longitud y geografía, ningún diccionario. No, solo los huesos desnudos de un nombre, todo roca, hielo y tormenta y abismo. No intenta sonar humano. Son átomos y estrellas.

FOSCO MARAINI,
Karakórum: El ascenso al Gasherbrum IV

La última oportunidad

Un sueño recurrente que he tenido durante años en el que estoy luchando por mi vida en una tormenta en una subida interminable cuando me encuentro con una puerta en la ladera de la montaña. La puerta conduce a una cálida habitación con chimenea, mesas con comida humeante y una cómoda cama. Generalmente, en este sueño, la puerta está cerrada con llave.

JON KRAKAUER, *Eiger Dreams*

Con un tono de inquietud poco frecuente en él, Juan Pablo Mohr, treinta y tres años, pregunta:

—¿Qué quieres hacer?

Tamara Lunger, treinta y cuatro años, aún no dice nada. Está descansando, pero no hay tiempo para pausas. Cada minuto es crucial.

—¿Qué quieres hacer? —irrumpe nuevamente subiendo el volumen de su voz, esperando una respuesta rápida y directa.

—No lo sé —responde ella—. Quizás podríamos dormir acá.

Están en el vértice de una ladera vertical, sobre un montón de piedras que sirven para armar campamento. Las carpas parecen levitar sobre un mar de hielo. Nada se ve firme. Al borde de un acantilado, aferrados a una diminuta y frágil superficie, pretenden pasar la noche.

Dormir en el primer campamento tiene un costo. Si no siguen, se esfuma la posibilidad de armar un cuarto campamento mucho más arriba, a 7.900 metros de altura, esencial para acortar la distancia a la cumbre y volver a la carpa antes de que el clima empeore. ¿Se les cruzan por la mente las consecuencias o confían en que recuperarán el tiempo perdido?

Aún es de día, aún hay tiempo. Debe ser difícil para Mohr pisar el freno, pero se ve dispuesto. A Tamara le sorprende. No es común que un escalador acepte atrasar el itinerario de un ascenso, menos en una montaña de más de ocho mil metros que obliga a desembolsar decenas de miles de dólares solo por el privilegio de estar ahí. Pero es un alivio que esté dispuesto. Un alivio inesperado que la reconforta.

Otras cuarenta personas, en su mayoría escaladores profesionales, están en la montaña, aunque ella y él no ven ni escuchan a nadie. A seis mil metros de altura, en el lugar más elevado que encuentran, una suerte de nido de cóndor que tambalea en el aire, arman la carpa con la idea de acortar, aunque sea un poco, el ascenso del día siguiente.

—Nunca me esperas —suelta Tamara con un tono de broma que busca amortiguar el reclamo. Mohr no está de acuerdo:

—Te esperé hoy, no me gusta esperar a nadie... pero por la princesa puedo esperar.

Han aprendido a lidiar con la adversidad a través del humor, aunque no sea el lugar más idóneo para reír ni relajarse. Sus colchonetas, vitales para protegerse del frío del suelo hecho de hielo, están rotas, la salud de Tamara debilitada y la ventana de tiempo para hacer cumbre, incierta, aunque el pronóstico indica que el buen tiempo se mantendría hasta el 4 y quizás el 5 de febrero.

Mientras graba con su celular un breve registro, Tamara dice:

—Es duro para mí, no estoy recuperada, pero esperemos a que mañana me sienta mejor.

—Sí, sí... recemos, porque ella camina como una tortuga —agrega Mohr.

Amanece. Es 3 de febrero de 2021, otro día normal en el K2 invernal, con -60 °C, ráfagas de viento capaces de levantar a un ser humano, cuerdas fijas enterradas bajo gruesas capas de nieve y avalanchas de rocas de cien kilómetros por hora que días atrás destruyeron el casco de un escalador sherpa.

En otro rincón del K2, alejados de Mohr y Lunger, el escalador Atanas Skatov dice:

—Tengo un mal presentimiento.

Sus palabras interpretan a otros que también ven lejana la posibilidad de hacer cumbre en la segunda montaña más alta del mundo, en la cordillera del Karakórum, en Pakistán. Antonios Sykaris, otro escalador, trata de animar a Skatov y le dice escuetamente, tal vez sin convicción, que esté tranquilo, que todo saldrá bien. Pero una idea ha comenzado a consolidarse en la cabeza de Atanas Skatov: que el K2 es la montaña en la que morirá.

Mohr y Tamara Lunger escalan en dirección al llamado tercer campamento japonés, ubicado a 7.300 metros de altura, bastante por debajo del tercer campamento, que, de acuerdo con el cronograma, deben alcanzar hoy. Decenas de montañistas —la mayoría miembros de la expedición comercial de la agencia nepalesa Seven Summit Treks, especialista en ascensos de alta montaña— se encaraman lentamente por la misma ruta, una empinada rampa de hielo que se precipita vertical hacia el vacío y que, para ojos de una persona común y corriente, parece vedada al ser humano.

Mohr es el único montañista sudamericano de la expedición y uno de los tres que suben sin oxígeno suplementario. Eso lo eleva a un estatus superior. Se siente fuerte. Preparado. Seguro. Atrás han quedado dos semanas de encierro en el campo base a la espera de una ventana de buen tiempo; atrás esos días tediosos, inútiles y desgastantes. Ahora, después de treinta y siete días de expedición, la montaña se ha vuelto a abrir y todos pretenden aprovechar “la última oportunidad”, según han insistido desde la agencia.

Tamara lo ve trepar una inclinada y rígida pendiente de hielo pasando uno tras otro a los sherpas, que, a diferencia de él, suben con tanques de oxígeno. Ahí van, a su lado, ventajosos escaladores de elite con varios ochomiles en sus bolsillos. Mohr consigue subir a la par, lo que llama la atención de otros montañistas, que saben que una botella de oxígeno no solo mantiene el cuerpo más caliente, sino que también resta al menos mil metros de altura a la montaña, al aumentar la cantidad de oxígeno que entra el organismo.

“Nunca había visto nada igual”, diría tiempo después el montañista norteamericano Colin O’Brady al recordar el ascenso de Mohr.

Más abajo, incapaz de seguir su ritmo, Tamara vive otra historia. Está sola. No puede sentir los dedos de los pies. Vomita compulsivamente. No tiene apetito. Está exhausta de aguantar el ritmo de su compañero, algo que en la escalada se busca evitar porque, al verse exigida a igualar un ritmo que no es el suyo, las probabilidades de sufrir un accidente aumentan.

Por fuera, la experimentada escaladora italiana se ve liquidada, lista para dar vuelta atrás y volver a Italia con su familia; pero, por dentro, una fuerza que ella califica de espiritual la motiva a seguir en la montaña de sus sueños, a pesar de que ya comienza a aceptar que esta vez no llegará a la cumbre.

Al frente asoma la primera defensa fuerte del K2, un acantilado de veinticuatro metros de altura apodado Casa de Chimmey en honor al primer alpinista que logró escalarlo en 1938, hazaña que tomó dos horas y media de esfuerzo. La ruta cruza una hendidura entre rocas de color plomo que se precipitan verticales, envueltas en hielo y enredadas por viejas cuerdas abandonadas por otras expediciones. La concentración, especialmente en este lugar, debe ser absoluta. Emplazado a 6.500 metros de altura, el paso de rocas exige mucha fuerza de brazos para impulsarse hacia arriba, coordinación para clavar las puntas de los crampones en el hielo, y frialdad para guardar la calma ante el vértigo que provoca mirar hacia abajo y contemplar el vacío.

Mohr y Tamara entierran las puntas de sus crampones en el hielo, acto desgastante. Cada uno a su ritmo, sortean el obstáculo sin contratiempos.

Mientras tanto, el rugido de las avalanchas de nieve que caen desde el Broad Peak —otra montaña de ocho mil metros distante a ocho kilómetros del K2— agrega más dramatismo al ascenso. El miedo —miedo a resbalar, miedo a ser impactado por una roca, a morir de frío, a ser aplastado por un bloque de hielo, a caer al abismo, a agotar las reservas de energía— se siente en las miradas y en las voces de quienes, por razones personales y a veces imposibles de comprender, han decidido quedarse en la montaña para hacer un intento más.

Las cuerdas enterradas bajo nieve aumentan la tensión. Generalmente, los escaladores se unen a cuerdas fijas previa-

mente instaladas para facilitar y permitir el ascenso; usan un jumar, dispositivo metálico que se desliza cómodamente por la cuerda y que se frena automáticamente ante una caída. Si no fueran asegurados, cualquier resbalón podría significar una caída de miles de metros.

Y el K2 no perdona ese tipo de error.

Mohr llega al tercer campamento japonés, una estrecha terraza con una pendiente razonable que permite instalar una carpa. El ascenso de un ochomil tiene lógica de guerra: si la montaña no está sitiada, es decir, si los respectivos campamentos no están armados, la cumbre está fuera de alcance. Rápidamente, ingresan a la tienda, una de dos metros de largo y uno de ancho —suficiente para que entren dos personas—, que los mantendrá vivos durante la noche. En montañas de más de ocho mil metros, la carpa es lo más cercano a un seguro de vida, un refugio donde descansar, tomar agua, comer y aislarse lo más posible del frío y el viento.

La rapidez en el K2 es todo. Un instante en la intemperie aumenta el riesgo de que los dedos se congelen, algo que, al no ser tratado, puede conducir a una amputación. En estas circunstancias el cuerpo humano debe moverse sin parar, de lo contrario no produce calor y se ve expuesto a un frío despiadado que quema los pulmones, o a la caída sorpresiva de rocas que, como proyectiles, rebotan en el hielo y amenazan con golpearlos o aplastarlos.

Se acerca la noche. Los pies de Mohr se han enfriado más de la cuenta, algo que lo ha complicado en otras expediciones. Se lo ha advertido a su cordada. Una vez armada la carpa —en un espacio tan reducido que sería imposible instalar otra—, posiciona la colchoneta en el piso de modo que su cuerpo no toque el hielo, pero, en un descuido, no alcanza a tomarla y la colchoneta se desliza hacia afuera y la ve precipitarse ladera abajo.

—Otra noche más durmiendo en el hielo —se lamenta Tamara.

A las nueve de la noche, Mohr recibe en su comunicador satelital un mensaje de texto que ha viajado más de dieciséis mil kilómetros para llegar a sus manos. Desde Chile, su mánager y primo Federico Scheuch, treinta y un años, ingeniero comercial, el hombre de confianza de su expedición y lo que se podría entender como el segundo a bordo, quiere saber cómo se sienten.